

contra los que le reprenden; porque en defender al otro se defiende á sí, y trata de conservarse en sus pecados cuando procura que no sean corregidos los ajenos. Este celo, y no otro fué el que movió á muchos á perseguir los ejercicios. Y no fué desemejante á esto lo que pasó por nuestro Salvador, al cual ¿qué delito no le opusieron? Que quebrantaba las fiestas, que era blasfemo, comedor y bebedor, y amigo de publicanos y pecadores. Mas ¿por ventura eran estos vicios por los que le aborrecian y le procuraban la muerte? El mismo Señor lo dijo bien claro á sus discípulos: «El mundo, dijo ¹, no puede aborreceros á vosotros, conviene á saber, ahora segun el estado presente, no puede aborreceros, porque ni le hacéis mal, ni decís mal de él; pero á mí me aborrece,» ¿por qué? ¿por ventura, porque no guardo las fiestas? ¿porque turbo el pueblo, ó porque le amotino contra sus legítimos príncipes y señores? no por nada de eso, sino «porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas.» Y conforme á esto fué lo que le sucedió á nuestro santo Padre, que interrumpiendo algunos días la ocupacion de dar los ejercicios, y de ganar de nuevo algunos para Dios, por poder vacar á los estudios de la filosofía en París, se maravillaban sus amigos de ver las cosas tan quietas, y que no había quien le persiguiese ni hiciese contradiccion como solian; á los cuales el Santo respondía: Callan ellos ahora porque callo yo; pero en volviendo yo á mis ejercicios acostumbrados, ellos tambien volverán á los suyos, como sucedió; descubriéndose por esta experiencia que si los ejercicios espirituales hacen guerra contra el mundo, no hay de que maravillarse de que el mundo la haga contra ellos.

¹ Joan. VII, 7.

CAPÍTULO XV.

QUE LA FALTA DE EXPERIENCIA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, HA SIDO CAUSA DE PERSEGUIRLOS.

A lo dicho se añade, que todos los que reprendieron y censuraron estos ejercicios, ni los habian probado, ni tenian mucha experiencia de las cosas espirituales; y así no era de maravillar que errasen en ellas. Y para callar otros muchos singulares, diré uno tan solamente con que quedará probado este intento. ¿Qué cosa hay de mayor estima en el camino del espíritu, que haber llegado á tanto desprecio de las cosas presentes, y tanta conformidad con la voluntad de Dios, que con la misma igualdad recibamos de su mano la pobreza como la riqueza, la deshonor como la honra, la enfermedad como la salud, y la vida corta como la larga, estando, cuanto es de nuestra parte, indiferentes á lo próspero y á lo adverso, y deseando solamente que sea Dios glorificado en nosotros? Pues esta indiferencia, que es el fundamento en que estriba todo el edificio espiritual, no se puede decir con cuántas razones y argumentos es reprendida y notada de uno de estos censuradores. Porque esto, dice, es contra la sagrada Escritura, pues Salomon pedia á Dios que no le diese pobreza, sino que le diese lo necesario para su sustento. Y san Pablo dice, que teniendo que comer y que beber, estemos con esto contentos, y de la honra se dice: Ten cuidado del buen nombre, y mejor es el buen nombre y la buena opinion,

que los unguentos preciosos; y en otra parte: Mejor es el buen nombre que las muchas riquezas. Y nuestro Salvador en la última oracion que hizo al Padre eterno, le pidió que le honrase y glorificase su nombre; lo cual es conforme á la ley é inclinacion natural, y contra ella decir que se admita indiferentemente así la enfermedad como la salud, y así la deshonra como la honra. Porque ¿quién hay que naturalmente no se incline más á procurar la honra y la salud, que sus contrarios? Porque sino, luego con tanto gusto hemos de tomar los remedios que nos acarrear enfermedad, como los que nos causan la salud, y no debemos estar más alegres teniendo todos los miembros del cuerpo sanos y enteros, que si los tuviéramos enfermos y mancos; que todas son cosas que aborrece el humano sentido. Y finalmente, si las criaturas de Dios no son indiferentes, sino muy diferentes en hacer provecho ó daño al hombre, ¿cómo puede ser que el hombre esté indiferente para admitirlas y quererlas?

¿Quién no ve que toda la artillería con que se combate el fundamento de estos ejercicios nace de poca experiencia de cosas espirituales, y de estar muy pagados de los argumentos y discursos de la ciencia humana, queriendo medir con ella la doctrina del espíritu? la cual, como dijo el Apóstol¹, no se enseña con palabras doctas y elocuentes de la humana sabiduría, sino con enseñanza espiritual, acomodando el estilo sencillo y sólido á las verdades sólidas y sencillas, y palabras espirituales á cosas espirituales. Pero el hombre animal, esto es, el que se gobierna por los sentidos y por ciencia y conocimiento humano, no percibe la doctrina levantada del espíritu; antes la tiene por disparate y necedad, y no puede aca-

¹ I Cor. II, IV.

bar de entenderla porque se ha de examinar por reglas espirituales. Esto que dice el Apóstol, es así grande verdad, y querer juzgar de la doctrina espiritual los que no la han ejercitado, lo mismo es que juzgar el ciego de los colores. Debiera advertir el que puso estos argumentos, que no pretendemos aquí ahogar el sentimiento natural, ni quitar la repugnancia de la parte sensitiva á las cosas que el sentido juzga por disconvenientes y contrarias, sino pedimos la indiferencia de la voluntad, que debe estar conforme en todo con la divina. Debiera advertir, que Cristo nuestro Señor, que pidió la clarificación de su nombre, para despues de su gloriosa Ascension, se puso indiferente á la entrada de su Pasion, para las injurias y afrentas, para los azotes y espinas, y para dar su vida en la cruz. Finalmente, debiera advertir, que el santo Job viéndose ya sin hacienda y sin honra, sin hijos y sin salud, dijo aquella sentencia con razon tan alabada y estimada de los santos Padres¹: «El Señor lo dió, y el Señor lo quitó; como el Señor ha querido, así se ha hecho; sea bendito el nombre del Señor.» Donde no sin causa repitió tantas veces el nombre del Señor. Porque si es señor de la hacienda el que la quita, y si es señor de la vida y de la salud el que la quita, ¿quién duda, sino que hemos de estar dispuestos é indiferentes á lo que de nosotros dispusiere el Señor? Y no por eso se sigue que nosotros nos hemos de quitar la honra, ni la salud, ni la vida; pero hemos de estar aparejados para cuando nos la quisiere quitar el Señor, y prontos para la humillacion y pobreza voluntaria, cuando entendiéremos que es de mayor servicio y gloria del Señor. Y para hablar con palabras de san Gregorio²: No dijo el santo

¹ Job I, 21. — ² Greg. lib. 2 mor. 12.
CAM. ESP.—TOM. II.

Job: Dios lo dió y el demonio lo quitó; sino el Señor lo dió y el Señor lo quitó. Porque sin duda fuera causa de mucho sentimiento y dolor, si lo que habia dado el Señor lo hubiera quitado el enemigo; mas pues no lo quitó sino el mismo que lo dió, cobró lo que era suyo, y no quitó lo que era nuestro. Y si es verdad que de su mano hemos recibido todas las cosas de que usamos en este mundo, ¿por qué hemos de sentirnos y quejarnos de ser ejecutados de su mano en aquellos bienes de que gozamos por su liberalidad? Pues no hace agravio, ni se puede decir que es injusto el acreedor, que no habiendo señalado plazo para la paga, cobra cuando le parece lo que tiene prestado. Todas estas razones de san Gregorio, si las hubiera visto y considerado el censorador, no se escandalizara tanto de la indiferencia, la cual está obligado á tener cualquiera que ha recibido bienes ajenos, para volverlos siempre que los pidiere su dueño, por mucha falta que le hagan.

Y cuando este punto se hubiera de llevar por todo rigor, debiera advertir el que dió esta censura, pues profesaba doctrina de santo Tomás, lo que el mismo santo Doctor enseña en la 2^a, 2^{ae}, quæst. 83, art. 3, donde refiere un dicho de Sócrates, que decia, que á los dioses inmortales no se les habia de pedir ninguna cosa determinadamente, sino en general que nos hagan bien; porque ellos saben lo que nos conviene, y nosotros pedimos muchas veces lo que nos está mal alcanzar! Y resuelve el santo Doctor, que esta sentencia es verdadera en aquellos bienes que pueden tener malos sucesos, y de los cuales podemos usar bien y mal, como son las riquezas, las honras, los reinos, los grandes casamientos, y cosas tales. Y si estos bienes no los debemos pedir determinadamente, necesario es que los hayamos de mirar con in-

diferencia. Y consiguientemente, luego en el artículo quinto dice que las cosas temporales no las hemos de pedir á Dios como fin principal, sino en cuanto nos ayudan á alcanzar nuestra bienaventuranza. Y la razon de esta teología la da en la 1^a, 2^{ae}, quæst. 13, art. 3, donde preguntando si el fin cae debajo de eleccion, responde: Que el fin en cuanto fin, no cae debajo de eleccion, pero que bien puede ser que lo que es fin respecto de una operacion, respecto de otra sea medio: así como en las ciencias especulativas suele suceder, que lo que es principio respecto de una ciencia, respecto de otra sea conclusion; así tambien sucede que lo que es fin de una operacion, sea medio respecto de otra, y de esta manera puede caer debajo de eleccion. Como en el arte de la medicina, dice el santo Doctor, la salud es el fin, y así el pretender la sanidad, no cae debajo de la eleccion del médico, antes lo supone como principio; pero esta misma sanidad del cuerpo se ordena como á su fin al bien del alma; y así respecto de aquel que pretende la salud del alma, puede caer debajo de eleccion estar sano ó estar enfermo, pues dice el Apóstol¹: Cuando estoy enfermo, entonces tengo mayor fuerza y mayor vigor. Mas así como el primer principio no puede ser conclusion de ninguna demostracion ó ciencia, así tampoco el último fin de ninguna manera puede caer debajo de eleccion; toda esta doctrina es de santo Tomás. Y ¿con qué otras palabras pudiera confirmar mejor la indiferencia de nuestro fundamento que con éstas? Porque el último fin para que el hombre fué criado, se debe amar por sí mismo, y acerca de él ni puede haber eleccion ni indiferencia. Todas las demas cosas criadas que están sobre la haz de la

¹ II Cor. XII, 10.

tierra, son medios respecto de este último fin; y así todas ellas, aunque éntre la salud y la honra y la vida, y mucho más las riquezas, caen debajo de eleccion; y si puede haber eleccion entre ellas y sus contrarios, también será necesario que preceda la consultacion; y si hay consultacion, forzoso es que haya indiferencia entre tanto que se va deliberando y no se conoce lo que es más conveniente para conseguir el último fin.

Esta digresion se ha hecho acerca de este punto particular, para probar que los que han hecho contradiccion y censurado los ejercicios, ha sido por no entenderlos ni haberlos probado en sí mismos, ni tener experiencia de las cosas espirituales; lo cual así como lo habemos probado con la censura mala de un hombre docto que no habia hecho los ejercicios, lo confirmaremos tambien con el testimonio bueno de otro que los habia hecho: éste es el obispo canariense, de quien arriba hicimos mencion, el cual en el mismo escrito dice así ¹:

Dios me es testigo cuánto me he holgado de que se me haya pedido mi parecer acerca de los ejercicios de la Compañía, porque deseo sencilla y cristianamente declarar á todo el mundo lo que siento en esta parte. Y primeramente, porque no piense alguno que hablo con alguna aficion particular, digo, que yo no soy de la Compañía de Jesus, aunque si tratara de veras de la virtud, ya hubiera mucho tiempo que estuviera en ella ó en otra de las demas sagradas religiones. Digo más, que aunque en el número de los doctores yo sea el menor é indoctísimo; pero puedo responder bastantemente á esta pregunta que se me ha hecho, porque conozco á la Compañía desde su nacimiento, y ha mucho que en Salamanca

¹ Hist. Societ. lib. 19, n. 33.

traté familiarmente con Ignacio, y despues con sus discípulos é hijos, notando con diligencia en qué paraban las cosas de esta Religion, y poniendo continuamente los ojos en los efectos y en las obras, que no pueden engañar por mucho tiempo. Digo, que desde el día que conocí esta santa Compañía, nunca ví error ni otro crimen manifiesto en hombre que de verdad fuese de ella. Porque los que tienen poca noticia de las cosas, en oyendo algun rumor no tan bueno de algun sacerdote, dicen luego, que aquél era de la Compañía. Despues de todo esto digo, que no es posible que alguno pueda entender y estimar la virtud y eficacia de los ejercicios de veras, y como ella es, sino es que se haya ejercitado en ellos. Porque como se enderecen todos á plantar en los ánimos las virtudes y arrancar los vicios, ninguno hay que pueda sentir el gusto y sabor de la virtud, sino el que ha trabajado por ejercitarse en ella. Yo he conocido hombres doctos que no podian entender estos ejercicios, siendo todo lo que hay en ellos tan claro y tan católico, sacado del Evangelio y de los sagrados Doctores; y por el contrario, los que los hacen y los aplican á su uso, los entienden con gran facilidad. Porque en la verdad, es cosa muy diferente tener letras y percibir las cosas espirituales, que demas de las letras, piden obras y uso de la oracion, y ejercicio de las demas virtudes. Yo confieso que estando en Alcalá hice estos ejercicios, y pongo á Dios por testigo, que en treinta años que ha que trato estudios de letras, y muchos de ellos que he leído teología, nunca he aprendido tanto para mi provecho, quanto me enseñaron en pocos dias estos ejercicios. Y si esto pareciere nuevo ó increíble á alguno de los doctores que están muy pagados de sus letras, remítome á la experiencia; prueben lo mismo, y serán de la misma opinion.

Y la razon está clara, porque aquellos estudios son para enseñar, y los ejercicios para obrar; y hay mucha diferencia de saber para enseñar, ó para hacer. Añado á lo dicho, que conozco á muchos que han hecho estos ejercicios, y yo he persuadido á muchos de mis discípulos, así religiosos como seglares, que los hagan, y no he conocido á ninguno que no haya sacado grande provecho de ellos para su alma, y que no confiese públicamente que no quisiera haber dejado de hacerlos por ninguna cosa del mundo. Y pluguiese á Dios que cuan grande es este tesoro, así le pudiésemos estimar; porque como sea de tanta importancia la oracion, y el método que en estos ejercicios se enseña sea tan á propósito, muchos con esta ayuda se han aprovechado más en breve tiempo, que otros en más largo sin ella. En suma, quien desea saber qué son ejercicios, no son otra cosa, que considerar con ánimo quieto y atento, los misterios de la fe, la ley y mandamientos de Dios y sus beneficios, la vida y muerte de Cristo nuestro Señor, examinar y reconocer la vida pasada, y deliberar y asentar lo que conviene para la que falta. Y el enemigo del género humano, como ve los grandes provechos que resultan de estos ejercicios, pone todas sus fuerzas para echarlos si pudiese del mundo. Pero en esto se echa de ver, que este negocio es de Dios, que con las persecuciones se adelanta y cobra tanta más fuerza, quanto con más fuerza es combatido. Todas estas son palabras de este piadoso y doctísimo prelado.

CAPÍTULO XVI.

CONCLUSION DE TODO LO DICHO EN ESTA PRIMERA PARTE
DEL CAMINO ESPIRITUAL.

HEMOS dicho de las persecuciones que se levantaron al principio contra los ejercicios, y de las causas de ellas; y no sé si la mayor y más peligrosa persecucion es la que padecen el dia de hoy, que es no tener ninguna. Porque parece que es señal de haber perdido su virtud la medicina, cuando se aplica á la llaga y no causa dolor, pues no hay quien se queje de ella; y estas armas se deben de haber hecho cobardes, pues no hay enemigos que peleen contra ellas: y si lo están, no es por falta de ellas, sino por falta del brazo que las menea. Cuatro cosas son las que nuestro santo Padre pide á los de la Compañía quanto á este propósito. La primera, que tomen experiencia de estos ejercicios en sí mismos, ejercitándose por ellos. La segunda, que se acostumbren y cobren destreza en darlos á otros. La tercera, que los entiendan y sepan dar razon de ellos. La cuarta, que de tal manera den razon de ellos, que despierten el deseo de hacerlos. Y esto postrero de mover y persuadir á otros á que hagan los ejercicios, ordinariamente nace de entender la fuerza que tienen y de saber dar razon de ellos. Y aunque para entenderlos no poco ayuda el estudio y leccion del libro, pero como tiene más de práctica que de especulacion, lo que principalmente ayuda es la experiencia, y en primer lugar la que cada uno cobra en sí mismo, y despues la que saca de darlos á otros. Y por